



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

PEQUEÑA GUERRA PERFECTA ELVIRA DONES

PRÓLOGO DE ROBERTO SAVIANO

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Piccola guerra perfetta*



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© de la novela de Elvira Dones, 2011
Published by arrangement with Agenzia Santachiara
© del prólogo de Roberto Saviano, 2011
Published by permission of The Wylie Agency (UK) Limited
© de la traducción de ambos, Regina López Muñoz, 2026
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-25-2
DEPÓSITO LEGAL: M-2176-2026
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: © Laura Pérez
MAQUETACIÓN: N. Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

PRÓLOGO.

LA GUERRA DE LAS MUJERES 9

Roberto Saviano

PEQUEÑA GUERRA PERFECTA 19

PRIMER DÍA 21

CINCO DÍAS ANTES DEL INICIO 27

CONTINUACIÓN DE LA PRIMERA NOCHE 31

SEGUNDO DÍA 37

EL TERCER DÍA 49

OCTAVO DÍA 63

DE TELÉFONOS, PAN Y UN PAÑUELO DE SEDA 73

ARLIND JASHARI 93

BLERIME Y FATMIR 105

DECIMOSEXTO DÍA 113

EL RÍO SIN NOMBRE 131

AJKANA BERISHA 139

ES TUT MIR LEID 155

27 DE ABRIL Y ALREDEDORES	163
ART BERISHA	179
22 DE MAYO	185
LA CHIQUILLA DEL NOMBRE EQUIVOCADO	195
SÁBADO, 12 DE JUNIO	209
AGRADECIMIENTOS	217
<i>GLOSARIO DE TÉRMINOS INTERNACIONALES</i>	219

PRÓLOGO.
LA GUERRA DE LAS MUJERES
Roberto Saviano

Inmediatamente después de leer estas páginas, cobras conciencia de que la auténtica narración de una guerra no existe hasta que no has escuchado lo que cuentan las mujeres que la vivieron. *Pequeña guerra perfecta*, la espléndida novela de la escritora Elvira Dones, albanesa afincada en Estados Unidos que escribe en italiano, su lengua de adopción, es un libro breve que contiene todo el horror que es capaz de liberar la caja de Pandora de una comunidad hecha añicos. Una comunidad en la que el otro, tu semejante, antes vecino y conocido, de pronto se convierte en el Enemigo, en el Mal, merced a la intervención de una política demencial. Esta obra entreteje con originalidad e inteligencia los dos hilos narrativos que nutren la literatura desde los tiempos de Homero: el asedio y el regreso. *Pequeña guerra perfecta* cuenta, pues, el extraño asedio de tres mujeres jóvenes atrincheradas, sin alimento ni agua caliente, en la casa de una de ellas, en su propia ciudad, ahora en manos de un feroz enemigo, que casi las lleva a la locura. Y cuenta al mismo tiempo la tentativa acaso imposible de dos hermanos pequeños de huir de la

deportación y de la constricción más infame de todas en pos de un hogar, de una posible nueva patria.

Pequeña guerra perfecta me ha acompañado mucho tiempo. En la mochila, en el bolsillo del abrigo, en el compartimento del asiento del coche de mi escolta, siempre abarrotado de papeles. Narra que hoy, en este maldito hoy nuestro, en el Occidente considerado democrático y con deberes universales conquistados, la muerte, la fuga, el regreso acaso imposible a la propia comunidad dispersa no son experiencias ajenas y fantasiosas sino posibilidades reales. Porque sucedieron, en el corazón de Europa, después de una larguísima paz. Elvira Dones nos advierte que la guerra no está en otra parte, sino que, por el contrario, puede estar aquí, a un paso de las cosas conocidas y dadas por descontadas. Y puede estarlo cada vez que una comunidad se desintegra en sus elementos constitutivos, que antes formaron parte de un todo y de golpe se encuentran en contraposición, amenazadores, y se reconocen entre ellos sólo como enemigos. Una novela, naturalmente, no es una profecía. Nos atañe a nosotros, a quienes leemos, retener su verdad.

La ciudad donde se desarrolla la historia de Elvira Dones es Pristina, una sombra en los mapas, la capital de Kosovo, donde durante un tiempo convivieron albanokosovares —musulmanes en su mayoría— y serbios. La Pristina de 1999 fue el escenario de una guerra de la que, a pesar de su cercanía tanto en el tiempo como geográficamente, ya no se habla apenas. Fue el escenario de una

guerra aterradora, pero qué guerra no lo es; y ¿cuántos de nosotros sabíamos algo, por ejemplo, de Bengasi¹ antes de que en los periódicos se escribiera sobre esas mujeres asesinadas por los francotiradores mientras trataban de darles agua desde sus balcones a los insurgentes contra el régimen libio?

Aclarémoslo desde ya: en *Pequeña guerra perfecta* no existe simpatía alguna por los combatientes filoalbaneses, que se opusieron a la aplastante supremacía militar serbia y a la limpieza étnica de Milošević. Aquí, la violencia sopla sobre las víctimas como un viento impetuoso y el tono imperante es el del respeto hacia quien la padece, no el de una indignación fácil. En cualquier caso, quien la lea encontrará —al estilo de una novela, o sea, a través de las vicisitudes de sus personajes— pasajes muy reveladores acerca del proceso por el que hasta un ciudadano corriente, un partidario no violento del histórico líder Ibrahim Rugova², puede acabar simpatizando con las formaciones armadas (en ocasiones encabezadas por veteranos de la guerra de Bosnia) de los separatistas albanokosovares del UÇK, el Ejército de Liberación de Kosovo. Y sin hacerse muchas preguntas sobre la procedencia de la financiación de este grupo paramilitar. Sin preguntarse si no fue el UÇK quien inició las hostilidades en Kosovo

¹ Esta ciudad de Libia se convirtió en uno de los principales focos de la insurrección contra el régimen de Muamar el Gadafi en 2011. (Salvo que se indique lo contrario, las notas son de las editoras).

² Ibrahim Rugova (1944-2006) fue un intelectual y político kosovar de origen albanés, líder del movimiento independentista de Kosovo y presidente de Kosovo entre 2002 y 2006, conocido por su defensa de la resistencia pacífica frente a Serbia.

con el terrorismo antiserbio. No se lo pregunta en absoluto el marido de Ajkana, valiente ginecóloga del hospital de Gjakova, al que se llevan unos policías serbios por haber puesto a disposición del u  k una casa a cambio de la promesa de que «sólo la usarían de noche».

Fueron muchos los que no se hicieron preguntas, pero Elvira Dones no nos cuenta únicamente la historia de quienes se posicionaron, de quienes tomaron las armas, sino también —y en especial— la de quienes padecieron todo esto y trataron de no perder su propia humanidad en situaciones extremas.

Antes del ataque de la OTAN, la «guerra desde el cielo», hubo una primera fase de la guerra en Kosovo entre 1996 y 1999 durante la cual las fuerzas de seguridad de Milo  evi   llevaron a cabo una represión y una limpieza étnica tan feroces que dieron lugar a una política de disuas  n por parte de la OTAN contra Serbia. Dicha política obtuvo finalmente un éxito formal con el inicio de los Acuerdos de Rambouillet, que, sin embargo, el u  k nunca llegó a ratificar. Las negociaciones concluyeron con el reconocimiento de la autonomía de Kosovo, pero no de su plena independencia. Tampoco Milo  evi   acept   nunca lo que definía como una independencia disfrazada de autonomía. Así fue como en 1999, año en el que arranca la novela, los cazas —incluidos los Tornado italianos— de la Alianza Atlántica que despegaban desde el aeropuerto de Aviano abren fuego sobre Serbia. O sea, la *pequeña guerra perfecta*, que, por supuesto, nunca tuvo nada ni de pequeña ni de

perfecta. A su término se contabilizaron trece mil civiles albaneses asesinados. Veinte mil mujeres sufrieron violaciones y violencias de todo tipo a manos de militares y, sobre todo, de paramilitares serbios. Un millón de albanokosovares se refugió en la exhausta Albania para salvarse del genocidio.

Pequeña guerra perfecta cuenta todo eso que ya hemos olvidado, pero también todo eso que tal vez nunca llegamos a saber. *Pequeña guerra perfecta* es una historia de mujeres porque de ellas es el punto de vista, sutilmente construido, a través del cual observamos lo que la autora ha decidido mostrarnos. Y lo que vemos nos fascina. Rea y Nita son dos mujeres asediadas. Se juegan la vida para ir hasta la casa de Besa, donde hay un teléfono registrado a nombre de un ciudadano serbio y por ello todavía operativo. Desde allí hablan con el mundo y emiten las alarmas sobre lo que está sucediendo ante sus propios ojos. Desde allí piensan en cuán deshumanizador es lo que están viviendo. No poder asearse, vivir de repente en un tiempo que jamás hubiesen creído que pudiera regresar. Todo se anula, incluso esa ideología de la sumisión según la cual una mujer de los Balcanes debe siempre y en todo momento, también como amiga, también como hermana, cuidar del hombre, ocuparse de él. En esa realidad alterada, en ese contexto inhumano, el hombre y la mujer hallan en su relación una modernidad que en la práctica era impensable.

Es una historia de mujeres cuando Nita, pensando en su amor, ese Thomas serbio al que debió dejar, recordando sus lágrimas, se permite reflexionar: «Las lágrimas de

un hombre son bonitas; cuando vives en los Balcanes cobran una belleza que te deja sin aliento».

Y quizá sea definitivamente una historia de mujeres, y, por tanto, de todos, cuando la novela revela su verdadera naturaleza a través de su punto de vista. No novela sobre la guerra, ni novela de guerra, en la que unos héroes actúan marcialmente. No, esta novela es, directamente, la guerra. Es la asunción de la guerra en el ojo piadoso de la víctima que no juzga ni condena pero comunica su visión. Una mirada límpida, clásica, compasiva, que no distorsiona nada. Rea y Nita están en la calle. Es un riesgo enorme salir de la fortaleza asediada e invisible en que se ha convertido la casa. Pero necesitan pan. La panadería es el escenario de la vida, de la normalidad. «Bueno, ¿nos despachas el pan?». «Id a pedirselo a Blair y a Clinton —replica la dependienta—, que os darán el pan e incluso algo más». No, ella a albaneses no les vende, «el pan lo reserva para los muchachos que están haciendo la guerra y devolverán Kosovo a sus legítimos propietarios». El espacio más banal se vuelve así extraño y terrible, lo familiar se vuelve ajeno, porque las polaridades acostumbradas de pronto se han invertido.

Pocas páginas más adelante, de nuevo Rea, sola esta vez, desafía a la muerte en la cola de la panadería tratando de pasar por «enemiga», por serbia, para obtener el alimento de ese lugar prohibido, de ese grifo que se ha secado, para llevárselo a las otras mujeres hambrientas. Aparece entonces de improviso un militar que pronuncia unas palabras escalofrantes, tan normales, pero de una

normalidad muy distinta a la de antes: «Aquí todos son de los nuestros, ¿verdad?». Una mujer serbia advierte el miedo de Rea, la toma de la mano, le acaricia el pelo y le susurra: «Finge que estás hablando conmigo, que eres mi hija». La normalidad de la muerte es algo que se te mete en el metabolismo, que genera reglas nuevas y surrealistas. Porque la normalidad es ahora que te maten, no seguir con vida. La capacidad narrativa de imprimir naturalidad a estas normas invertidas constituye la verdadera virtud de esta obra. El ritmo de las palabras es plácido y el italiano de Elvira Dones se pliega a esta retorcida apariencia de normalidad, a esta quietud horrenda e indeciblemente ansiosa.

«Aterricé por primera vez en el aeropuerto de Pristina en diciembre de 1999», nos explica Dones en una nota al final, «seis meses después del fin de la guerra. Tras aquel primer viaje regresé varias veces. Nunca habría podido escribir *Pequeña guerra perfecta* sin los testimonios de quienes sufrieron y vivieron la guerra». Sin embargo, declara asimismo con decisión: «Esto es una novela, no un ensayo histórico». Y tiene razón, porque los testimonios estremecedores de las mujeres kosovares, testimonios larga y meticulosamente recabados por Dones, no quedaron documentados. Y ahora gritan. A lo largo de años y años de trabajo, las huellas documentales de una violencia prolongada y feroz que estaba destinada, como cualquier violencia, a permanecer como injusticia absoluta y sin remedio, sin testigos, se han transformado en el punto de vista sobre el que se

construye y se hilvana este libro. Es de todo punto inútil pedirle a una novela que sea imparcial: no es tarea suya, por más que la escritora ponga cuidado en recoger hasta el último vestigio de humanidad posible en el infierno, también en el lado serbio. En cualquier caso, las protagonistas son las mujeres albanokosovares objeto de una violencia inaudita, y ésta es su novela. La de ellas, pero en nombre de todas las mujeres y de todos los hombres, de todas las víctimas y de todos los sufrimientos, más allá de cualquier justicia terrenal.

Si *Despachos de guerra* de Michael Herr, como he escrito en alguna ocasión, es una «novela de guerra» donde el estilo es literario pero la materia es la realidad, y el método, el de una investigación realizada con los ojos, las sensaciones, los datos, las percepciones, donde la mirada humana se torna escritura, *Pequeña guerra perfecta* va un paso más allá precisamente por la predominancia de la perspectiva femenina y, a través de ella, la de las víctimas. No es una novela de guerra: es la guerra. El propio Michael Herr dejó escrito que narrar la guerra tal como fue de veras «significa destruir los argumentos que llevaron al conflicto, señalar dónde el hombre pierde la posibilidad de ser hombre». La *Pequeña guerra perfecta* de Elvira Dones lo da por descontado y lo toma como referencia, para contarle al mundo entero que, desde el punto de vista de quien de ninguna manera ha deseado ni la guerra ni la violencia, de quien no ha participado en el proyecto de inventar el exterminio y hacer que un hombre deje de ser hombre, pero lo ha

padecido, desde este punto de vista ínfimo, mínimo y hasta discutible, convertido en escritura, todo puede mostrarse bajo una luz resplandeciente y clarísima de paradójica salvación.

Por eso brindo a Elvira Dones estas palabras extraídas de las fabulosas notas de guerra tituladas *Hojas de Hipnos*, que el capitán Alexandre —nombre de batalla de René Char— escribió cuando formaba parte de la Resistencia y que revelaron a Francia su estatura literaria:

«A nadie pertenecemos sino al punto de oro de esta lámpara desconocida para nosotros, inaccesible a nosotros, que aviva el coraje y el silencio»³.

³ El original francés es: «Nous n'appartenons à personne sinon au point d'or de cette lampe inconnue de nous, inaccessible à nous, qui tient éveillés le courage et le silence». (N. de la T.).

PEQUEÑA GUERRA PERFECTA

A Roger McGowen

PRIMER DÍA

Acaban de poner el pastel en el centro de la mesa. Qué feo es, piensa Rea esbozando una sonrisa extraña. Dentro de poco cortarán la luz. Su amiga Nita le suplica con la mirada y Rea la complace diciéndole que la tarta es preciosa. La tercera del grupo, Besa, se seca las manos en el delantal y clava una vela en el tablero con una sonrisa que parece una amenaza.

—¡Venga, Rea! —dice—. Pide un deseo y acabemos de una vez.

Es miércoles, 24 de marzo de 1999. Ella es Rea Kelmendi y hoy es su día. Podría ser el cumpleaños perfecto, ese que no olvidas ni aunque pasen cien años. Es un cumpleaños muy literario; romántico no, pero literario sí.

Besa es alta, majestuosa, la transposición humana de la torre Eiffel. Rea ríe sonoramente. Besa la fulmina con la mirada y resiste a duras penas la tentación de consultar el reloj de la pared. Entre tanto, Nita Gashi piensa que es todo un disparate: la tarta, la vela y lo demás, a pesar de que ha sido ella la que ha insistido en celebrar la fiesta.

Fiona, Vjosa y Edita han pasado por allí dos horas antes. Le han deseado a Rea un «feliz cumpleaños» en un susurro y se han puesto a hablar de las temperaturas, demasiado

suaves para la época del año, tras lo cual se han calzado de nuevo y se han ido sin decir «adiós ya nos veremos».

A pesar de que las bombas que han comenzado a aporrear la tierra no muy lejos de allí hacen gemir las ventanas, ellas tres actúan como si nada. Rea desea que hagan un buen trabajo, que reduzcan a cenizas todo lo que deben reducir a cenizas, y si logran despachar el asunto en una sola noche, mejor que mejor.

La vela está encendida. Rea sacude la cabeza para sentir el movimiento del cabello mientras la embargan unas repentinas ganas de llorar que procura controlar. Art no ha llamado todavía. Está muy concentrado en bautizar la guerra; ella, en cambio, experimenta sentimientos más pragmáticos: ahora, por ejemplo, se siente guapísima.

—Vamos, cielo, sopla la dichosa vela —la espabila Nita, tan delicada como siempre, con una sonrisa amplia.

Besa tiene ya el cuchillo en la mano. La cumpleañera ríe entre lágrimas.

—Pareces un carnicero —le dice a su amiga.

La luz se va en ese preciso instante y Besa piensa que es hora de volver corriendo a casa. Besnik, Alma y Drin la están esperando con las maletas preparadas para la huida en el pasillo. Imagina a Besnik, su marido, tratando de dirigirse a los niños en tono burlón para espantar el pánico de sus miradas.

Nita trastea para encender la lámpara de aceite. Rea sopla la vela por fin. Las ventanas están oscurecidas por dos capas de mantas de lana. El sonido de las bombas es ahora más claro, más cercano. Suena el teléfono. Nita logra encender la lámpara, Rea se ha encaminado al fondo del

pasillo para coger el teléfono. Cuchichea un momento. La frase final antes de colgar es: «De acuerdo, hablamos entonces dentro de media hora».

Ahora que Nita se ha acercado con la lámpara, las sombras de las paredes se estrangulan mutuamente.

—Era Hamza desde Londres —dice Rea—. La BBC acaba de anunciar que ha empezado la guerra. La OTAN ha bombardeado puestos militares en Serbia y en Kosovo. Va a estar pendiente de los boletines de noticias y nos llamará luego para contarnos más.

Hamza es el hermano de Nita, emigrado en Gran Bretaña. La casa es de ella. Pero es mi cumpleaños, recalca Rea para sus adentros. Besa se dirige hacia la puerta y busca sus zapatos a ciegas, tras lo cual hace amago de despedirse de sus amigas con un abrazo, pero Nita se niega y Besa se bloquea. Desde hace semanas ya nadie se abraza. Yo no te doy un abrazo por lo tanto no nos hemos despedido por lo tanto nada grave puede suceder.

—Feliz cumpleaños, cielo —dice Besa con voz trémula, y abre la puerta y la oscuridad se la traga.

Al cabo de cinco minutos suena de nuevo el teléfono. Esta vez se trata del padre de Rea.

—No te atrevas a salir de ahí —ordena Riza Kelmendi—. Aquí las bombas caen como si lloviese a cántaros.

Rea forma parte del gran *fis*⁴ de los Kelmendi, que viven en Bregu i Diellit. La casa de Nita está en el barrio de

⁴ En un pequeño glosario final se explican los términos o expresiones en serbio, albanés, alemán, italiano e inglés que aparecen en la novela.

Dardania. Rea reflexiona acerca de la elección del verbo «caer». Imagina las bombas cayendo educadamente y en completo silencio; las ve en medio del cielo desplegando unos pequeños paracaídas de colores y avanzando con una elegancia inalterada hasta posarse en la agotada y embarrada chepa de la madre tierra sin suscitar el menor revuelo. La estudiante de letras de veinticuatro años le indica a su padre que la caída de las bombas se oye incluso desde la casa de Nita. El hombre tiene intención de añadir algo, pero no lo consigue, y así dan por concluida la conversación.

—Papá siempre tan enrollado —suelta Rea—. Es un tipo enrollado. Bueno, ¿podemos comernos ya la tarta?

No duermen. Rea piensa en Art y se pone furiosa, así que habla como una metralleta. A veces Nita se ríe. De vez en cuando, Rea agarra la vela y se da un paseo por el apartamento. Tropieza con los objetos, impreca, se carcajea y el llanto vuelve a estrangularle la voz. Nita sigue con ojos desorbitados la sombra alta y delgada de Rea, dándole las gracias en silencio por estar aquí con ella y no en cualquier otra parte. Se conocieron hace cuatro años gracias a Besa, que era la profesora de Inglés de Rea en la Universidad de Pristina. Se llevan diez años. Nita y Besa, en cambio, son amigas desde hace mucho tiempo.

—Estate quieta, haz el favor —le ruega Nita sobre las dos de la madrugada—. ¿No estás cansada?

Rea se sienta unos instantes. Lleva puesto un chándal Adidas, el pelo corto recogido con un pasador. Nita sigue fumando.